

Universidades para el Bienestar Benito Juárez García

Kaleidoscopio



Organismo Coordinador de las
Universidades para el Bienestar
Benito Juárez García

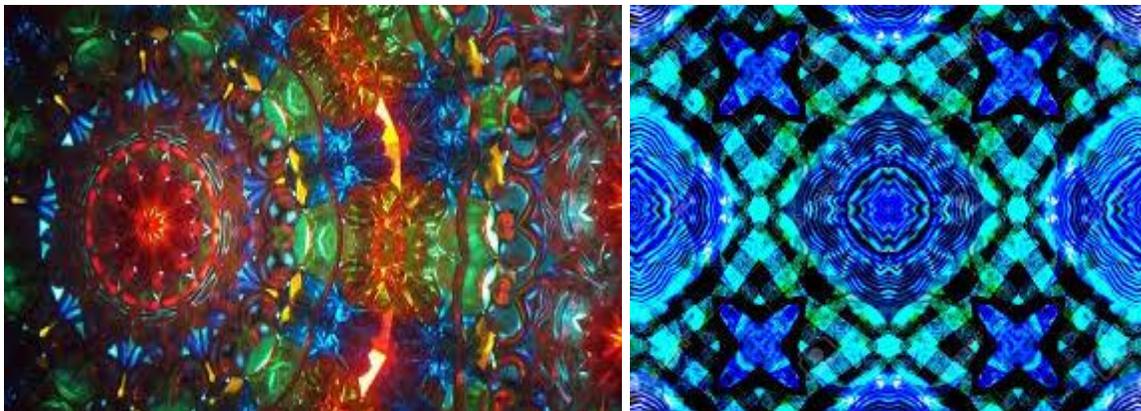
Mayo 2022



Kaleidoscopio: formulaciones en torno a una experiencia educativa

Raquel Sosa Elízaga
Mayo de 2022

En 1816, el físico escocés David Brewster denominó así su invención de un tubo de espejos que forman un prisma en su interior y permiten gozar de una sucesión simétrica de láminas de colores -que se alternan al girar y ofrecen perspectivas distintas y juegos de enorme belleza- a quien las observa. La palabra procede del griego (Kalós, bella; éidos, imagen, scopéo, observar) y el concepto alude a una experiencia que se repite sin monotonía; se comparte sin dejar de ser única, se observa en perspectivas distintas y novedosas, una y otra vez.



1

La imagen del kaleidoscopio ha resultado muy inspiradora para explicar la orientación y sentido de las actividades académicas que se realizan en las Universidades para el Bienestar Benito Juárez García. Toda percepción convoca a la articulación de los sentidos, dirige la atención y obliga a la concentración para reaccionar a los estímulos de la vida. De manera semejante, toda actividad humana obliga a nuestro cuerpo y a nuestra mente a ejercitar su capacidad de ubicación en el tiempo y en el espacio; a organizar y secuenciar sus movimientos; a buscar formas de comunicación adecuadas y eficaces con su entorno; a acumular y valorar cada experiencia; a conformar de manera única su identidad y memoria; a compartir búsquedas y hallazgos; en suma, se realiza como constante y necesaria actividad de aprendizaje a lo largo de la vida. Podríamos decir que es el aprendizaje, la experiencia asimilada en la memoria y acumulada a cada momento, lo que le otorga sentido a nuestra vida,



le da profundidad y propósito. Y que, en la medida en que tenemos conciencia de la fuerza que adquirimos a través de nuestros aprendizajes, éstos se convierten en impulsos formidables para nuestro crecimiento y transformación y el de nuestros semejantes. Nos volvemos, así, dueños de nuestra voluntad y responsables de nuestro camino; nos enriquecemos y damos paso a nuevas creaciones, huellas de nuestra identidad y de nuestra memoria, a las que podemos convocar siempre que las necesitemos, sin que se repitan jamás de la misma forma.

Las múltiples representaciones del aprendizaje

Por razones que casi convendría no recordar -si no es porque siguen presentándose como base única del aprendizaje-, ha llegado a asumirse que la experiencia educativa debe realizarse de manera lineal, vertical, autoritaria, por parte de quien enseña y hacia a quien aprende. Esa visión supone que entre quien enseña y quien aprende no sólo existen diferencias de edad, sino de confiabilidad y autoridad, y que la relación del/la segundo/a hacia el/la primero/a debe ser no sólo de atención, sino de obediencia incuestionada y subordinación.



2

Una concepción contraria a este procedimiento -tan unilateral y empobrecedor, como atemorizante-, es la de concebir al aprendizaje como una relación de intercambio entre sujetos libres que aprenden unos/unas de los/las otros/otras a partir de un interés compartido por explicarse fenómenos de la naturaleza, acontecimientos, procesos y circunstancias humanas. Este es el punto de partida necesario para dar sentido, fluidez y comunicabilidad a los recursos de experiencia y conocimiento que compartan quienes se involucren en actividades de aprendizaje. Las perspectivas de comunicación multilateral y experiencias compartidas favorecerán hallazgos y rutas de profundización de lo aprendido orientados a superar condiciones que limiten o afecten nuestras opciones de supervivencia y las de la sociedad en que vivimos. Aprender no es, por ello, sólo repetir, o, como se dice ahora, *memorizar*. Es, antes que nada, el empeño con el que debemos reconocernos como seres humanos;



modelar nuestras relaciones con todo lo que nos rodea; ser capaces de distinguir y armonizar nuestras diferencias (físicas, orgánicas, sociales, culturales), y ampliar cuanto sea posible nuestros horizontes.

Aprender es asumir el esfuerzo que implica un encuentro, la comunicación, el descubrimiento. Y este esfuerzo es mayor, más profundo, de mayor alcance si quienes lo emprenden son y se saben unidos en el propósito de resolver los hechos, los retos, las dificultades que enfrentan en su propia vida, la de cada uno y la de los demás.

He aquí, justamente, una de las fuerzas generadoras de nuestra experiencia educativa, que se alimenta a partir del contacto con comunidades que demandan la apertura de escuelas de tipo superior que tengan como objetivo fundamental lograr que jóvenes y adultos excluidos de su derecho a la educación se incorporen a la educación en un programa presencial, gratuito, pertinente a las necesidades de la comunidad en que se instale y que reconozca e incorpore la identidad, la cultura, la experiencia de vida y la pluralidad de quienes a ellas se integren.

Una experiencia compartida con las comunidades

Los propósitos del conocimiento adquieren una dimensión distinta cuando la solicitud de la instalación de una sede educativa, como ocurre en las Universidades para el Bienestar Benito Juárez García, parte de las comunidades, y no es sólo una determinación de las autoridades educativas. Las comunidades se involucran en el proceso de constitución de una propuesta distinta de educación superior desde que realizan una propuesta de donación de terreno para instalar una sede. Son quienes manifiestan sus necesidades específicas y aspiraciones para la determinación de la carrera que se impartirá y contribuyen, a partir de múltiples experiencias de colaboración, en el arraigo de los estudiantes y el fortalecimiento del compromiso de servicio que adquieren desde el inicio de su formación profesional.

Hasta ahora, los predios en que se han instalado las 145 sedes educativas que integran el Programa de UBBJG son el resultado de la generosidad de municipios, estados, comisariados ejidales, comisariados de bienes comunales, instituciones federales y personas físicas, que los han donado. El reconocimiento inicial de las comunidades y de su demanda de educación superior, el compromiso de que las sedes educativas se instalen en los espacios que éstas dispongan y que planteen en sus planes de estudio respuestas a los problemas más sensibles en la vida de la comunidad, implica ya un cambio radical de perspectiva respecto a centros educativos ajenos o indiferentes a estas necesidades.



La generosidad comunitaria permite albergar a estudiantes que proceden de otras comunidades, otras regiones u otros estados del país mientras realizan sus estudios. Padres y madres de familia conforman desde el inicio de la formación profesional de sus hijos e hijas comités de administración y supervisión que se encargan de administrar los recursos de que dispone el Programa para la instalación/rehabilitación, equipamiento y operación de las sedes educativas.

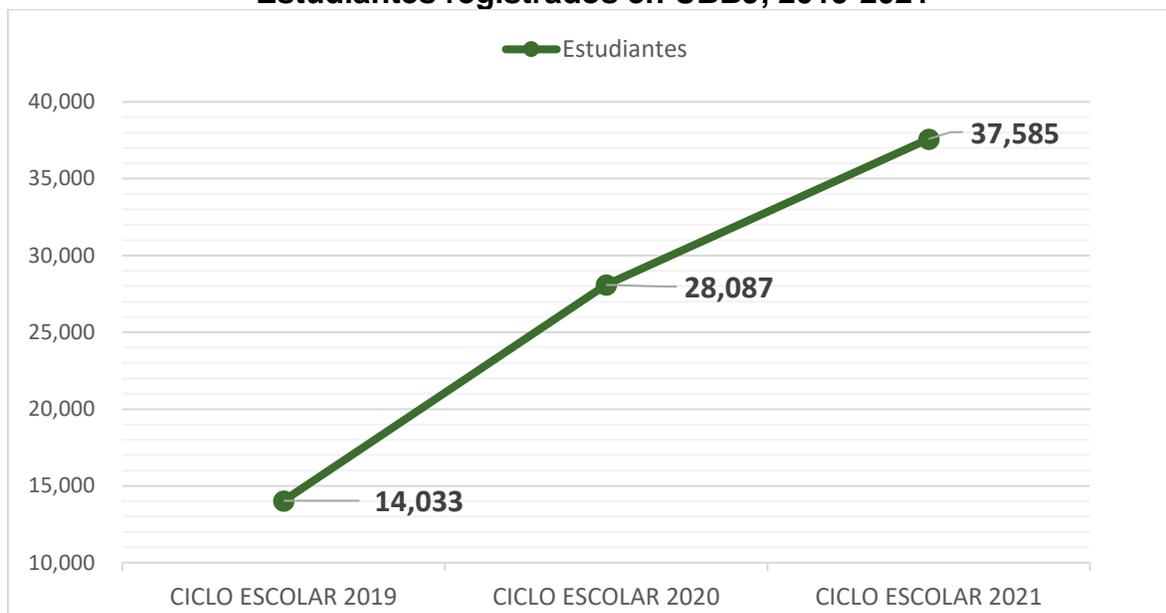
Las autoridades municipales proveen espacios para que se inicien las actividades educativas mientras concluyen los procesos de instalación de las sedes. Y es un hecho que la comunidad está presente en todas las etapas del proceso educativo y colaboran para dirimir conflictos, superar dificultades y proponer soluciones a problemas que se suscitan en los procesos de aprendizaje y socialización entre los estudiantes y los docentes.



Superar la exclusión educativa, propósito fundamental del Programa

El Programa ha atraído cada año a un número creciente de jóvenes y adultos que se han visto impedidos de su derecho a continuar su formación debido a la carencia de opciones educativas viables, pertinentes, cercanas y cuyo costo no signifique un sacrificio para la vida de sus familias. Dicha opción debe ser pública y gratuita, y no topa con condicionamientos ajenos a los de la formación educativa, como lamentablemente ha ocurrido en la mayor parte de las instituciones públicas y privadas del país durante muchos años.

Estudiantes registrados en UBBJ, 2019-2021



Fuente: Elaboración propia, archivos UBBJG

La convocatoria a estudiantes que han vivido condiciones de *exclusión educativa*, es decir, la articulación perversa de la exclusión económica, social, cultural y territorial en la educación, obliga a un segundo cambio de perspectiva, ya que los sujetos de la educación no se presentan como seres pasivos, sumisos o conformistas, sino seres humanos en permanente desarrollo de sus capacidades y potencialidades, dispuestos a participar activamente en todas las fases y procesos de su propia formación.



El contacto de los estudiantes y la comunidad es en sí mismo un elemento de gran fuerza del programa educativo. Los estudiantes aprenden a observar, analizar, investigar, aportar a partir de su experiencia en y desde la comunidad, con sus ojos, oídos y manos, y entienden rápidamente que los planes y programas de estudio son una herramienta fundamental para lograr ser útiles a la comunidad que los recibe, les apoya, les hace saber que son necesarios para el mejoramiento de las condiciones de vida de todos y todas.

Estudiantes y comunidades le devuelven a la escuela su sentido primigenio, aquél que Jaime Torres Bodet llamaba el de la *educación fundamental*, es decir, la que es útil a la comunidad para enfrentar y resolver problemas relacionados con la vida, con la supervivencia.



Y de este contacto profundo deriva un tercer cambio radical de perspectiva de la educación: la de una práctica que busca sus explicaciones y les da sentido; de un quehacer que encuentra las herramientas apropiadas para realizar las transformaciones necesarias y enfrentar los retos de la supervivencia. Es este proceso creativo el que permite romper el empobrecedor paradigma de la diferenciación entre la docencia y la investigación, que ha afectado a muchos centros de educación superior: años y años encerrados en aulas, tomando cursos presenciales o en línea cuyos nombres no pueden recordar y cuyos contenidos se disuelven por falta de relación con la experiencia, los estudiantes de muchos centros de educación superior obtienen certificados sintiendo en lo más profundo de su corazón y con gran tristeza, que “no han aprendido a hacer nada”.

El cambio que vivimos es una experiencia señalada por el aprender haciendo, pensar en lo que hacemos, identificar el propósito de lo que buscamos aprender, valorar lo que hemos logrado como parte de un proceso complejo, completo, de



recuperación de conocimientos a través del aula, los libros, los intercambios entre compañeros y colegas, pero también desde la sabiduría de las propias comunidades y de las instituciones que colaboran. Significa la obtención del logro superior de hacer indispensable la investigación para que tenga sentido la explicación: ensayar, realizar, compartir, ofrecer lo que se aprende, no por el beneficio de una *calificación*, sino para retribuir lo que la comunidad ha entregado de modo práctico, sencillo, profundo y fundamental para el futuro de las vidas de todos los que participan de esta experiencia formadora, modeladora, comprometida con el bien común, desde el lugar en el que se encuentren a su inicio, y hasta donde les lleven todos los movimientos que les demande su propia existencia.

De fundamental importancia son por ello las prácticas escolares, comunitarias y profesionales que los/las estudiantes realizan en las sedes educativas, en las comunidades y en colaboración y convenio con las autoridades municipales, que se han mostrado interesadas y dispuestas a compartir su experiencia en la ejecución de programas y políticas públicas orientadas a asegurar el bienestar de la población. Del mismo modo, la colaboración con las Secretarías de Salud, Educación y Bienestar, así como con entidades como Petróleos Mexicanos, el Instituto Mexicano del Seguro Social, el Instituto de Salud para el Bienestar, Instituto Nacional de Pueblos Indígenas, Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, entre otros, abren promisorias rutas para garantizar que la formación de los estudiantes adquiera sentido y compromiso con el bienestar común y con la elaboración y puesta en práctica de políticas públicas orientadas hacia la sustentabilidad.

7

La compleja tarea de los/las docentes/investigadores y formadores/comunicadores en su propio proceso de aprendizaje y el de la colectividad

A lo largo de muchos años, nuestras universidades nos han formado en la aspiración de lograr *excelencia académica*, la mayor *productividad*, la *certificación* de nuestras capacidades y logros, la *medición* de cada uno de nuestros resultados para construir infinitos indicadores, matrices, fórmulas sofisticadas que den comparabilidad a todos los resultados y puedan otorgar certezas en base a la acumulación de puntajes y estímulos económicos. La pregunta es ¿cómo interpretamos, ¿cómo podemos incorporarnos a una experiencia educativa que no esté basada en estos criterios de *competitividad*, sino en la articulación de conocimientos y esfuerzos para mejorar las condiciones de vida de nuestras comunidades y pueblos?



Es indudable que esto sólo puede ocurrir si aceptamos despojarnos de algunos juicios y prejuicios, como lo hemos expuesto. No obstante, lo fundamental es asumir que la tarea de enseñar implica la necesidad de aprender y que este proceso altera y enriquece nuestras certezas, como también nos conmueve con la incertidumbre que acompaña todo proceso de creación o de descubrimiento. Sólo que, en este caso, de lo que se trata es de una experiencia compartida, o para decirlo con mayor profundidad, una experiencia que se edifica a partir del reconocimiento de la insuficiencia de conocimientos parciales, segmentados y aislados, como los que individualmente hemos acumulado, sin habérselo propuesto, a lo largo de muchos años de nuestra vida.

La experiencia de articular la formación con preguntas que prefiguren el descubrimiento, la creación; la ampliación de nuestros horizontes y los de los demás a través de la exploración compartida; la complejidad como proceso y como incierto resultado; las aproximaciones sucesivas, el ensayo, la recreación y la práctica en el camino que nos abren nuestros propósitos; en suma, el estudio y la búsqueda constante, sin soberbia, sin simulaciones ni pretensiones retóricas, paso a paso, como lo hicieron tantos sabios que nos antecedieron y en la filosofía de las pequeñas y grandes lecciones de la vida nos abren surcos insospechados para emprender esta tarea. Sobre todo, nos convoca a laborar sobre la paciencia, la constancia, la persistencia, la insatisfacción frente a los que parezcan pequeños triunfos.

8

Breve forma de expresar lo que es una actividad compleja y, muchas veces, ingrata: existe el riesgo, entre muchos otros, de que la autoridad que puede dar la ocupación de un cargo o encargo en cualquier nivel de gobierno, desde la comunidad o el municipio, hasta el estado o la federación, pretendan dirimir en las sedes educativas disputas de poder, apropiación de pequeños espacios o búsquedas de control político. El buen ejemplo suele ser irritante, y quien no tiene verdaderamente confianza en la causa que se persigue en una verdadera experiencia educativa puede ser fácil presa de provocaciones. Por eso también hace tanta falta el silencio, el espacio reservado para la reflexión, la reserva y la duda ante el brote de conflictos. La justicia y la armonía no son flores que crecen en el aislamiento, sino construcciones colectivas que se prueban a lo largo de mucho tiempo y en las que las verdades conseguidas deben siempre dar paso a nuevos cuestionamientos y abrirse a hallazgos inesperados.



Así pues, intuir, imaginar, aprender, descubrir, enseñar, compartir, son productos de un esfuerzo -no sin tensiones- de encuentro, de comunicación, de reconocimiento mutuo. Y este esfuerzo puede ser mayor, dejar más huellas, si quienes lo emprenden son y se acercan en el propósito de resolver los hechos, los retos, las dificultades que enfrentan en su propia vida, la de cada uno y la de los otros.

Quien pretenda *enseñar, transmitir, informar* a través únicamente a partir de su particular y exclusivo punto de vista y, sobre todo, del ejercicio de una relación de poder sobre otro/otra, no logrará su objetivo si no es sobre la base de negar, desconocer, rechazar la libertad, la voluntad y hasta la misma experiencia de aquél/aquella a quien pretende imponerse.



Consideraciones para seguir aprendiendo de nuestra experiencia

Emprendimos ese camino peculiar, *aprender desde la exclusión*, es decir, aprender lo que saben y a lo que aspiran quienes aprecian y valoran la educación como un medio para recuperar identidad, tierra, familia y comunidad. Nos planteamos desarrollar una experiencia educativa mirando donde otros se han negado a mirar, reconociendo la autoridad de quienes han sido despojados, vulnerados, violentados, olvidados, aislados, alejados. Y encontramos que la sabiduría no es el producto de la lectura de muchos libros, sino el resultado de encuentros de conocimiento para enfrentar con dignidad los caminos de la supervivencia (*Educación y exclusión*, UNAM, 2017)

Pero no idealizamos la exclusión, ni podemos admitir que se reproduzca con todo el sufrimiento humano que ya ha provocado. Aspiramos a convertir las aspiraciones educativas de las que partimos en bases sólidas para una transformación duradera de la vida pública y del bienestar colectivo en nuestro país. Una tarea que puede iniciarse con el vértigo de estos años y que, ojalá, perdure en la consecución de nuevas búsquedas.